

Si el triunfo de Roosevelt en los Estados Unidos constituye una franca victoria para las democracias de América, para la higiene y las conquistas sociales de aquel gran país, no es menos significativa su tercera victoria.

Sea porque en dos períodos sucesivos haya tenido tiempo de desarrollar la vasta obra que hasta hoy han realizado los que con eficiencia y competencia insuperables llevan la responsabilidad de velar por la salubridad pública bajo el gobierno de este gran mandatario, es lo cierto que el período de los ocho años de su administración, se singulariza sobre todo, por una labor higiénica de primera magnitud y por iniciativas en orden a la asistencia pública que son las que a mi modo de ver han contribuído más a cansolidar el prestigio popular de este grande estadista.

La higiene, en efecto, está sirviendo hoy a muchos mandatarios para hacerlos gratos a la memoria de los pueblos. De los gobiernos totalitarios a los democráticos ha habido como un especial empeño en la obra higiénica y asistencial. La higiene se ha incorporado así, felizmente, a la política universal y ya no son los puentes, los ferrocarriles ni las carreteras los que hacen más dignos de la consagración popular a los estadistas modernos. Esta nueva fuerza radica, pues, en un sentimiento de salud y protección, que es lo que en definitiva busca desde hace siglos la higiene para la humanidad.

El presidente Roosevelt ha sabido acrecentar para su pueblo las fuentes inagotables de su vitalidad. Raza educada como ninguna otra para la higiene; para cooperar con todas sus fuerzas en la salubridad pública, aumentó todavía más ese tesoro inestimable, bajo el gobierno de Roosevelt.

Pero quizás los hechos culminantes de sus dos períodos de gobierno han sido su marcada preocupación por la defensa del niño y su ayuda a los desocupados. Quiénes ha habido que censuren acremente y que exhiban como arma política, la protección que el presidente Roosevelt, dió en buena hora, a los ocho millones de gentes sin trabajo que de la noche a la mañana quedaron sin pan ni medios de conseguirlo.

Apresuradamente arbitró los recursos y los medios para obtenerlos. No le importaron las críticas insensatas de quienes todavía dicen que esa política estimulaba la vagancia y la ociosidad. Roosevelt salvó, en la única forma en que podía hacerlo, a su país de una gran revolución social y a su pueblo de las torturas del hambre.

¿En qué otra forma, podemos preguntar, podía resolverse este problema, a los que con el vientre lleno y desde el escritorio calentado, piensan que a las multitudes hambreadas se les puede y debe contener a bala?

Los sanitaristas de América deben, pues, congratularse de este triunfo del grande amigo del pueblo, porque estoy seguro que él significa para nosotros no sólo nuestra defensa contra posibles gobiernos enemigos, sino también contra la invasión o estallido de terribles epidemias.

La iniciativa del gobernador de Antioquia de sustituir poco a poco el nefasto vicio del aguardiente que afecta en forma apreciable a ese departamento cuyas condiciones raciales hacen de su pueblo lo mejor de la república, merece el más franco apoyo y la mejor acogida de quienes ayer como hoy, venimos clamando contra este atentado de emborrachar oficialmente al obrero y al campesino.

En repetidas ocasiones, he sostenido la tesis de que no hay para qué ir a la "sequedad" para remediar los estragos del alcoholismo oficial. El extraño experimento de los Estados Unidos, prueba hasta la saciedad cómo es absurdo imponer a un pueblo una "ley seca". La higiene y la profilaxis para triunfar deben ser ante todo, una cosa humana. Y humano no puede ser imaginar pueblos sin vicios.

Por esto, desde estas mismas columnas, he pedido infructuosamente al Estado, que vea la manera de sustituir el aguardiente, la chicha y el guarapo por una bebida nutritiva y de contenido alcohólico más aceptable, como la cerveza.

¿Que el pueblo no se aclimata a esta bebida? Otra cosa nos dicen las estadísticas de épocas no remotas. Consúltense las de los años de 1927 y 1928, de gran prosperidad económica, y se verá cuál fué el enorme consumo que de esta bebida hicieron todas las secciones de la república, así las que la consumían por razones de clima, como las que sólo tienen una temperatura ambiente de diez a catorce grados. La experiencia es, pues, en este sentido concluyente. El pueblo colombiano sólo desea una bebida decente, higiénica y al alcance de su misérrimo salario.

Naturalmente que los cuatro gobernadores empeñados en tan noble cruzada, no deben olvidar que ya una vez —esto hace pocos años— el departamento de Boyacá fundó una fábrica oficial de chicha para obtener esta bebida más higiénica.

El resultado fué que apenas hubo salido el gobernante que tuvo

esta feliz idea, el sucesor resolvió establecer un contrabando de chicha sucia y maloliente para volver a aumentar las flacas finanzas de su departamento. No sería raro, pues, que en el curso de pocos años, viéramos esta gran fábrica interdepartamental de cerveza, vendiéndose como hierro viejo y al nuevo gobernador que hace esta ~~victoria económica~~, ascendido a ministro de trabajo, higiene y previsión social.

Cursa en la cámara de representantes un proyecto de ley por la cual se restablece el departamento nacional de higiene y en cuyo artículo primero hallo este contrasentido: "restablécese el departamento nacional de higiene con carácter estrictamente técnico y autónomo, "dependiente" del ministerio que, a juicio del órgano ejecutivo, esté más acorde con estas actividades, etcétera".

¿Cómo podrá hacerse para que en castellano y en sentido común una cosa sea autónoma pero a un mismo tiempo "dependiente" de otra?

Por lo demás, este proyecto es la resignada renuncia que hacen los médicos representantes que la higiene no dependa de otros organismos que o no la miran con interés o no le tienen simpatía. Esto que busca este proyecto, era lo que existía antes del actual ministerio.

La higiene nacional fué apéndice de todos los ministerios, según los deseos presidenciales. Con este proyecto no sería raro que la viéramos hasta en las relaciones exteriores o en minas y petróleos, pero menos en el ministerio que se llama "trabajo, higiene y previsión social".

Pero ocurre preguntar a propósito de tanta idea y ensayo: ¿Si hemos tenido médicos en las relaciones exteriores y en los ministerios de gobierno y de guerra, es acaso extraño y absurdo que sea un profesional, quien ocupe una cartera que se refiere estrictamente a la aplicación de una ciencia? Lo extraño es que el único ministerio que necesita de conocimientos contenidos dentro de una carrera, no sea desempeñado por ellos sino por ingenieros o abogados. ¿Por qué en este caso no es abogado el secretario y médico el ministro? ¿Los problemas del trabajo no son acaso más bien cosas elementales de higiene y de protección de la salud de los obreros que asuntos de códigos y rabulismos?

Si es que no hay en la república ese médico capaz de desempeñar ese ministerio, entonces que se modifique la constitución nacional para poder traerlo del extranjero. He aquí lo que es racional deducir de este asunto claro como la luz meridiana.

EL CURSO SUPERIOR DE HIGIENE

Como oportunamente lo informamos, el 9 de septiembre se abrió el Curso Superior de Higiene, patrocinado por el Ministerio de Trabajo, Higiene y Previsión Social y dirigido por el Profesor Jorge Bejarano.

La clausura tuvo lugar el 9 de noviembre con una comida que el Decano de la Facultad de Medicina Profesor Cavelier ofreció en los salones del Club Médico, a los asistentes al curso y a los profesores que tomaron parte en la enseñanza.

El Director del Curso, Profesor Bejarano, dijo las siguientes palabras como clausura de él y como despedida a sus colegas:

Señor Decano de la Facultad de Medicina, señor Secretario del Ministerio de Trabajo, Higiene y Previsión Social, señores colegas.

Sesenta días de profunda meditación en muchos de los problemas sanitarios que interesan a la república, nos han permitido conocer muchos de ellos a fondo y renovar también la amistad y el cariño que ya me unían a nuevos y viejos discípulos a quienes veo hoy con orgullo colocados en la categoría de guardianes de la salubridad pública.

De esta meditación que puede decirse ha sido apenas sobre una vista panorámica de la Sanidad Nacional, no puede en mi concepto deducirse ni en un hondo desencanto ni un crudo pesimismo en el porvenir de nuestra nacionalidad. Afortunadamente el país se orientó desde hace diez años, con instinto biológico hacia esta máxima preocupación de su higiene y de su salud. Y de entonces a hoy, podemos señalar conquistas que ufanan y alientan a quienes desde hace más de un cuarto de siglo venimos predicando el evangelio de la higiene.

Pero higiene es a mi modo de ver inconformidad, movimiento perenne, deseo de nuevas conquistas, hambre insaciable de nuevos métodos que den a los pueblos la garantía de su vida, el goce pleno de su salud en todo lo que ella tiene de espiritual y corporal. Pero si he dicho pueblos, es claro que me refiero a los que tienen la fortuna de desarrollar su virtualidad biológica sobre el suelo de este continente, indemne por ventura de esta gran pandemia de destrucción y de muerte que muestra a los creadores de una cultura milenaria como seres enloquecidos, víctimas de diabólica furia, empeñados solamente en destruir una civilización que por muchos siglos fué la nodriza de nuestra América. A estos pueblos, es a los que hay que volver la vista en este gran movimiento de la sanidad internacional, movimiento que no es otra cosa que la expansión de un mis-

mo protoplasma surgido de las entrañas de una misma tierra y alimentado por la savia de un mismo idioma y de idénticos ideales. Mientras que en la Vieja Europa se apela a la ciencia para buscar en ella su sentido destructor e inhumano, nosotros en conferencias internacionales o en estudios como en el que hoy se clausura, le busquemos su significación humana, y formulamos y hacemos solemnes promesas de vida y de defensa contra los mil flagelos que viven en el suelo de América. Aquí, pues, asistimos a una permanente conspiración contra la enfermedad y la muerte, en tanto que allá es motivo de solaz y de júbilo pasear la destrucción y la catástrofe por sobre las cabezas y el corazón de niños y ancianos. Veamos en esta paradójica lección un estímulo grande y luminoso a la obra que realizan los que como vosotros contribuyen a acrecentar las fuentes de la vida.

Yo no sé si resulte extemporáneo o atrevimiento de mi parte formular programas de higiene a quienes por el hecho de vivir en auscultación permanente de los problemas nacionales, saben de sobra dónde y cómo está su solución.

Pero la misma circunstancia de que vosotros seáis como los voceros de aquellas pobres gentes campesinas que no anhelan otra cosa que salud para cumplir con su modesta labor de colombianos que viven apegados a la tierra y amamantados por ella, me autoriza para hacer un balance de lo que no tenemos y para unir también mi voz a la vuestra en demanda de esta forma de justicia que consiste en velar por la salud de nuestros labriegos con el mismo celo y con la misma intensidad con que defendemos el dinero y las tierras de sus explotadores.

Tuberculosis, lepra y paludismo, he aquí tres grandes problemas nacionales que deben inquietar la mente y el corazón de quienes como vosotros estáis al servicio de la Sanidad de Colombia. Una dura lección aprendida de la post-guerra de 1918, y la epidemiología histórica de esta trágica enfermedad nos vienen diciendo que ella avanza en el mundo civilizado a manera de ondas desde el siglo XVII. Así penetra a los países nórdicos y mediterráneos y esas ondas de mortalidad llegaron también recientemente al Asia y al Continente Americano en donde ya sabemos por estadísticas precisas cuál es la magnitud del mal en Chile, Perú y el Brasil que registran cifras angustiosas de morbilidad y mortalidad tuberculosas. Es de presumir que no podamos defendernos de una nueva ola invasora al cesar la trágica hecatombe que pesa sobre Europa. Los movimientos de grandes masas humanas hoy impuestos; la emigración incesante del europeo hacia América, será también una de las causas de esa emigración trágica. En nuestra América del Sur, la intensificación de la vida urbana e industrial, la actividad acre-

centada en los núcleos mineros y en la vida del campo, la apertura de nuevas vías de comunicación, se sumarán, estoy seguro, a los factores que dan particular gravedad a la tuberculosis en el Continente, a los factores raciales y a los que se derivan de los factores inmigratorios. Cuantos datos se reúnen acerca de la significación del factor racial, representan la demostración de que los grupos de color y los indios, tienen menor resistencia a la tuberculosis que los blancos y aun cuando Colombia no ofrezca temores por la predominancia de estos grupos raciales limitados a los altiplanos y a las comarcas ribereñas de los grandes ríos, siempre es que nuestro deber de colombianos es defender heroicamente a quienes en alguna forma han contribuido y contribuyen a la colombianidad y pueden también ser fuente de contagio para el núcleo defendido por razones económicas y de cultura. Todo esto hace pensar que además del armamento de que disponemos para luchar contra la enfermedad declarada, debemos aprovechar de la experiencia global que demuestra que la tuberculosis disminuye tanto más cuanto mejores son las condiciones económico-sociales del medio. Mejorarlas pues, en el más amplio sentido, es luchar anticipadamente contra la enfermedad. Esto buscará la obra que estoy seguro vais a adelantar por todo el vasto territorio de nuestro país.

La lepra es y será todavía grave problema de sanidad colombiana. Esporádicamente hablamos de ella, pero perdóneseme que en esta ocasión tenga que decir que el problema está en pie y que una clemental política sanitaria debería haber consagrado los esfuerzos continuados de varios gobiernos para llegar a la erradicación total del mal. Mientras que los médicos noruegos muestran con orgullo, vacío el viejo hospital de Oslo que por tántos siglos asiló a los leprosos, mientras que la enfermedad fué vencida en uno de los países que más sufrió de ella, mientras que allá la higiene daba a la ciencia y a la humanidad una decisiva victoria antes de que el hallazgo del germen pudiera sugerir indicaciones profilácticas y antes de que un tratamiento eficaz ayudara a aquélla, nosotros vemos desoladamente aumentar cada año las cifras de enfermos y continuamos impasiblemente viendo cómo esos graneros de la enfermedad que son los leprocomios, continúan posiblemente prolongando su existencia en forma indefinida.

El paludismo es también problema nacional que apenas si enunciamos en forma imprecisa. Un cálculo del Profesor Zozaya, hace presumir que Colombia tiene una cifra superior a tres millones seiscientos mil enfermos por año y 18.000 defunciones también por año. El problema está pues, a vuestra vista con todo su cortejo de miseria, de muerte y de aniquilamiento de la raza.

Señores Colegas: Esta reunión alrededor de esta mesa, reunión con la cual el Decano de la Facultad de Medicina clausura este primer Curso Superior de Higiene que para orgullo de mi vida me ha tocado rectorar, sirve ante todo para manifestar en experimento de incalculables resultados, cuánta es la ciencia de quienes me acompañaron a desarrollarlo y cuánta la preparación y el entusiasmo del grupo admirable de colegas que desde la provincia vinieron a seguirlo. Estoy contento y ufano de este Curso que precede a la defensa segura de nuestra democracia. Si Colombia en defensa de este noble ideal de humanidad y de espíritu tiene que ir a la contienda, yo estoy seguro de que vosotros seréis la mejor defensa de sus soldados. Sobre las zonas insalubres no se abatirá nuestra bandera porque ahí estarán las defensas que vosotros construiréis para lograr la sanidad de nuestro suelo.

